



OBRAS Y AUTORES

González Urizar, Premio Leopoldo Panero

676.874

Por HERNAN DEL SOLAR

El más desuado de los grupos es, probablemente, el de los escritores. Hay sociedades que, en apariencia, existen para que se una, se conozca, ejerciten —aunque sea de tarde en tarde— una mínima cordialidad. Pero el escritor es hombre siempre fiel a su principal obligación: apartarse de los demás y creer que estando a solas consigo es el centro valioso de una inescalable multitud. Esta imagen de sí mismo le mueve a admirarse. Por eso, indudablemente, no quiere que le distraigan preocupaciones menores: leer a sus vecinos, alegrarse de sus grandes o pequeños triunfos, creer que la literatura nacional se compone de cierto número de autores. No puede ser.

Este es un tema muy amplio que, para su buen desarrollo, exige ejemplos. Son tan abundantes y convincentes que más vale callar. No agrada escribir ni leer acerca de vanidades apasionadas, rencoras escondidas, ignorancia tenaz que se enmascara de sabiduría. Porque aquí cabe perfectamente esta verdad: nadie sabe menos de literatura chilena que un escritor chileno. Salvo, claro está, cuando el escritor, por razones de oficio, tiene que estar ininterrumpidamente atento a los vaivenes literarios de su país.

El desconocimiento chileno que rodea a los escritores nacionales puede ser uno de los factores que explicarían la ausencia de nombres chilenos en la sonora lista de autores continentales que merecen la pena de ser leídos. Hay mexicanos, peruanos, colombianos, argentinos, cubanos, uruguayos, y es simple casualidad cuando aparece algún chileno empujando la cabeza. En los países mencionados, los escritores suelen celebrar al connacional que va caminando sin tropiezos, y los editores se encargan de tomar tumbos y lanzar con tan audible música catálogos, propaganda, volúmenes. Nadie deja de verlos volar por los aires y de coger al vuelo novelas, cuentos o poemas de los autores celebrados. Aquí, como si temiéramos que nos nombraran. Tenemos un complejo de inferioridad tapado de pies a cabeza por una soberbia irritada, por una mudez que hierva y estalla a escondidas.

May rara vez se ocupa alguien —en comentario afable, justiciero— de algún autor nuestro a quien celebran en el extranjero, sea en una apreciación crítica, sea en algún concurso digno de tenerse en cuenta. ¿Qué artículo celebró el premio recién obtenido por Carlos Droguett? ¿Cuál ha mencionado el que se acaba de conceder a Fernando González Urizar? Sin embargo, el primero es un novelista que nos enorgullece pero tan en silencio que no se oye, y el segundo es un poeta que enriquece grandemente el cuadro de nuestra poesía, tan ancho y admirable en la actualidad.

De Droguett nada podemos decir, porque no conocemos su novela premiada. No obstante, no tenemos adelantar que tiene que ser vigorosa, personalísima. De Fernando González Urizar sostenemos que su obra premiada —"Los signos del cielo"— es uno de los libros verdaderamente memorables que se han escrito entre nosotros. Lo conocemos. Lo ortigué, antes de partir al Concurso, nos dieron la convicción de que serían distinguidos. Es un conjunto de poemas donde forma y contenido, en armonía plena de fuerza y gracia, se estrechan para la construcción de un orbe poético de sobresaliente luminosidad.

Sabemos que "Los signos del cielo" se imprimen ya. Así, pues, aguardaremos su aparición. Entretanto, nos parece que no sobran ciertos datos para que se tenga una noción más o menos precisa de la importancia del premio. Se trata del Premio Internacional de Poesía Leopoldo Panero 1970, concedido por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, presidido por Gregorio Marañón Moya. Para obtenerlo fue necesario vencer en un concurso al que se presentaron poetas españoles e hispanoamericanos en número apreciablemente grande. El jurado estuvo presidido por Dámaso Alonso, director de la Real Academia Española.

De manera que el poeta chileno use su nombre, en este acontecimiento literario, a los de un par de poetas españoles de insospechable importancia. Leopoldo Panero, que nombra al Concurso, es poeta profundo, admirado por su elegancia formal y la profundidad de su emoción. Es sobrio, intensamente espiritual. Su obra —"Tacito a cada instante", por ejemplo— le coloca en privilegiado lugar dentro de la poesía española contemporánea.

En cuanto a Dámaso Alonso, casi es innecesario señalar antecedentes. Madrileño, filólogo eminente, hombre de 73 años que pasó una juventud intelectual extraordinaria, como puede advertirse a través de su obra, no sólo es un gran crítico de la poesía sino, y a gran altura, un poeta de fervorosa claridad. Acaso no haya, en nuestro idioma, un conocedor más exacto de Góngora, de San Juan de la Cruz, de los grandes de ayer y de hoy.

Estos breves datos bastan, suponemos, para que cualquier chileno interesado por la poesía sienta de manera viva que un jurado como Dámaso Alonso no puede sino destacar en un Concurso, entre muchas muestras apreciables, la que impone inobjetablemente su superioridad. "Los signos del cielo" es obra que se suma a otras que ya situaban a Fernando González Urizar, desde hace años, entre los liricos chilenos que cruzan nuestras fronteras y a través de los diversos grupos de poetas que van conociéndolo ponen el nombre de nuestro país rodeado de consideración. No va a constituir una sorpresa inesperada. ¿Quiénes hemos seguido su obra desde un comienzo —recientemente continuada en "Israel, Israel"— sabemos que los diversos libros tienen indivisible unidad. Es una misma voz la que nos guía por un reino poético de amplitud siempre diferente e igual a sí mismo: idéntica y renovada, donde realidad y fantasía poética se estrechan, se confunden, dándole a la intimidad humana una dimensión riquísima.

Hace poco, "Israel, Israel" ha alcanzado un éxito incuestionable. Es libro de emotiva evocación de un viaje. Brillan las imágenes que se suceden incansablemente, los ritmos y las palabras crean una musicalidad interior, una magia verbal que transfigura paisajes, ciudades, emociones, recuerdos y les refuerza bellamente la vida. Alguien dijo, para descubrir la obra, que era "de encargo". Admirador de Valéry, el comentarista pudo recordar que éste le dio a los "encargos" agudeza y profundidad. ¿Per qué un chileno no puede repetir la hazaña? Y no lo necesitó, porque "Israel, Israel" no tuvo más "encargo" que ser grande, con grandesa exigida por el espíritu de su creador.

El MERCURIO, SANTIAGO, 23-V-1971, p. 2.

González Urizar, premio Leopoldo Panero [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

González Urizar, premio Leopoldo Panero [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile